

Convertíos y viviréis



Queridos hermanos y hermanas:

El tiempo excepcional que vivimos desde hace más de un año se está convirtiendo quizás en un tiempo normal. No porque nos acostumbremos a las incomodidades y dificultades causadas por la pandemia, y menos aún al sufrimiento de sus víctimas, sino porque nos damos cuenta de que este tiempo es la realidad que debemos atravesar, sin “saltárnosla”, y nada es más normal que la realidad. Pero también podemos decir que es la propia excepcionalidad de este tiempo la que lo hace normal porque, si estuviéramos atentos y fuéramos conscientes, nos daríamos cuenta de que la realidad es siempre excepcional, que la realidad es siempre más excepcional que la normalidad que soñamos.

Si viviéramos la realidad de la vida con la conciencia de que en cada instante todo es creado y dado por Dios, reconoceríamos que la realidad es siempre un milagro, y viviríamos con asombro incluso los momentos de crisis, adorando a Dios, Creador y Padre, en todo. Así vivió Jesús cada momento de su vida terrenal.

¿Qué nos pide la realidad?

Cuando, como ahora, la realidad está en crisis y revela su rostro dramático, nos damos cuenta de que ella nos pide más, que nos hace sentir con más fuerza su ruego, su necesidad de sentido. No es sólo la realidad de los tiempos de pandemia la que nos pide una respuesta. La realidad humana es siempre dramática, es siempre una petición insistente. También la situación de nuestra Orden, la situación de las comunidades y de las personas, es siempre dramática, está siempre “en crisis”, y por eso nos pide algo.

Somos cuestionados por la fragilidad de nuestras comunidades, por la falta o la poca perseverancia de las vocaciones, por el individualismo o el poco fervor, por la poca alegría de muchos entre nosotros al vivir nuestra fe y nuestra vocación.

Pero nos cuestiona aún más la realidad de tanta fidelidad, de tanta capacidad de sacrificio y de servicio, la realidad de tanta santidad que viven ocultamente muchos miembros de la Orden y de toda la Iglesia.

Cuando encuentro la fidelidad heroica y, a pesar de todo, gozosa de tantos monjes y monjas, de tantos laicos o pastores en la Iglesia, o incluso de no creyentes, no puedo dejar de sentirme interpelado, llamado a una respuesta que Dios me pide también a mí.

Pero ¿cuál es la respuesta adecuada a toda esta petición de la realidad presente?

En primer lugar, debemos admitir que la realidad nos pide mucho más de lo que nosotros podemos dar o ser. Nosotros no somos capaces de responder a la gran e insistente petición de la realidad. Entonces, ¿qué hacer? ¿Pretendemos que la demanda no exista? Pero, precisamente, el dramatismo de la situación actual hace cada vez más difícil sustraerse a la insistente petición de la realidad. Tenemos necesidad de poder dar una respuesta que, aunque no provenga de nosotros, sea tan real como la realidad que tanto nos pide.

El tiempo de Cuaresma, así como las insistentes llamadas del Papa y el testimonio de los santos, nos recuerdan que podemos expresar una respuesta, incluso sin poseerla. Esta respuesta es la **conversión**.

La gracia de las gracias

El Papa Francisco termina su preciosa Carta Apostólica *Patris corde*, dedicada a San José, con una frase impactante: “No queda más que implorar a san José la gracia de las gracias: nuestra conversión.” (§7)

Nuestra conversión es una gracia, es más: la gracia de las gracias, porque nos abre a todos los dones que Dios quiere darnos, hasta el don de estar unidos para siempre a Él en la vida eterna. “Convertíos y viviréis”, es la promesa que Dios hace al pueblo a través del profeta Ezequiel (18,32). Pero nuestra conversión no es sólo la gracia que debemos pedir: es también lo que Dios pide a nuestra libertad. De hecho, al comienzo de su vida pública, Jesús hace suya la petición que la realidad nos plantea, y nos revela así cuál es la respuesta que estamos llamados a dar: “Convertíos y creed en el Evangelio” (Mc 1,15); “Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos” (Mt 4,17).

Si no queremos dejar sin respuesta a la realidad que nos interpela, si no queremos quedarnos pasiva y estérilmente ante la crisis global del tiempo presente, es importante que acojamos la gracia de la conversión como una respuesta a Cristo que nos permita responder a toda la realidad.

Tomar en serio nuestra conversión es una enorme responsabilidad, porque Dios ha puesto misteriosamente en nuestra conversión la respuesta a la dramática petición del mundo entero. Toda la historia del monacato cristiano, desde San Antonio Abad hasta los santos monjes y monjas de hoy, como los beatos hermanos de Tibhirine, ha estado siempre movida por el deseo de abrazar la conversión como la respuesta que Cristo nos permite recibir y transmitir a la cuestión del sentido de toda la humanidad.

Tanto es así que San Benito lo convirtió en uno de los tres votos esenciales para vivir en un monasterio: el voto de *conversatio morum*, que quizá podría traducirse libremente como “un camino común de conversión de vida”, es decir, una vida que,

guiada por la obediencia en una estabilidad comunitaria, permite convertirse constantemente al Evangelio, siguiendo a Cristo el Señor (cf. RB 58,17).

Miedo a la conversión

Cuando Jesús explica por qué habla en parábolas, cita un pasaje de Isaías en el que la cerrazón de los que se oponen a la revelación de Dios en Cristo se revela como un “miedo a la conversión” (cf. Mt 13,15; Mc 4,12; Is 6,10). Incluso San Pablo, ante la resistencia de los judíos de Roma, citando las mismas palabras de Isaías, decide dar prioridad al anuncio del Evangelio a los paganos (cf. Hch 28,25-28).

¿De dónde viene este miedo a la conversión, literalmente a “volver” al Señor que nos salva y nos cura? Debemos reconocer que este miedo suele estar presente en cada uno de nosotros, y a veces bloquea el camino y la libertad de comunidades enteras.

¿Por qué tememos a la conversión? Quizá porque sólo pensamos en nosotros mismos y lo vivimos todo dentro del horizonte cerrado y exclusivo de nuestro “yo”. La conversión quiere romper esta cerrazón. De hecho, convertirse significa volver a Aquél a quien pertenecemos. En la parábola del padre misericordioso de Lucas 15, la conversión comienza cuando el hijo pródigo, hasta entonces encerrado en el egoísmo que le alejó de su padre y de su hermano, comprende que su vida sólo puede renacer volviendo a casa: “Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre” (Lc 15,18). San Pedro describe también la conversión como un retorno de las ovejas perdidas al buen Pastor de las almas: “Andabais errantes como ovejas, pero ahora os habéis convertido al pastor y guardián de vuestras almas” (1 Pe 2,25).

¿Por qué tener miedo de esto? Ciertamente, una de las razones es la falta de conciencia y experiencia de la ternura del Señor. Pero sólo volviendo a Él el hombre puede experimentar esta bondad misericordiosa, como el hijo pródigo que, volviendo a su casa para ser sólo un jornalero que recibe el pan necesario, descubre en cambio que su conversión le ha llevado a un abrazo paterno desbordante de ternura y de perdón que le permite ser plenamente hijo y hermano (cf. Lc 15,20-24). La oveja perdida, al volver al redil, descubre la infinita alegría que siente el pastor al encontrarla de nuevo (cf. Lc 15,4-7).

Pero no es sólo la falta de conciencia de la bondad de Dios lo que nos hace temer la conversión. A menudo no volvemos porque tenemos miedo de renunciar a la autonomía con la que concebimos la salvación de nuestras vidas. Tenemos miedo de confiarnos, porque pensamos que la pretensión de salvarnos solos es un espacio de libertad y autorrealización para nosotros. Gracias a Dios, la insatisfacción y el vacío que sentimos cuando vivimos así nos empujan a salir de esa cerrazón sobre nosotros mismos para empezar a confiarnos a Otro que entonces descubrimos que es un buen Pastor y Padre. En definitiva, empezamos a entender que para ser libres necesitamos una Redención que no somos nosotros los que logramos. El miedo a la conversión sólo se supera por nuestra profunda necesidad de Redención.

Transformados por su mirada

Cuando la necesidad de salvación nos hace volver, aunque sea físicamente, a otro Redentor que no seamos nosotros mismos, y experimentamos un nuevo encuentro con Él, comienza para nosotros un camino de conversión más profundo. No se trata sólo de volver a Dios, sino de dejarse transformar por su gracia. Comienza lo que el Nuevo Testamento llama *metanoia*, es decir, una transformación de la mente, del alma, del pensamiento y del corazón; cambia la concepción que tenemos de nosotros mismos, de Dios, de los demás y de toda la realidad. Si volvemos al “pastor y guardián de nuestras almas” (cf. 1 Pe 2,25), Él mismo nos hace recorrer un camino de conversión en el que el Espíritu transforma nuestro corazón de piedra en un corazón de carne, manso y humilde como el del Nazareno (cf. Ez 36,26).

Esta conversión del corazón sólo es posible volviendo a Jesucristo. Volver al Señor significa encontrarnos en el espacio de su mirada, de su Rostro vuelto hacia nosotros, en el espacio, por tanto, de su compasión y consuelo, de la misericordia del Padre que Jesús nos transmite, en el espacio de su amistad. Volver a Cristo significa encontrarse en la relación de amistad con el Redentor del hombre. Nada puede transformarnos más y mejor que la Redención realizada por Cristo en la Cruz. La Redención nos transforma tan profundamente que somos recreados en la amistad filial con Dios.

Volver a Jesús –pero en realidad es siempre Él quien viene a nosotros y nos busca incluso cuando estamos lejos de Dios– permite que su presencia transforme nuestro corazón con una sola mirada, como Pedro en el patio del Sumo Sacerdote (cf. Lc 22,61-62), y sobre todo en la orilla del mar cuando Jesús –¡quién sabe con qué mirada!– pide a Pedro su amor y que pastoree a su rebaño con el nuevo corazón que le da (cf. Jn 21,15-17). En este encuentro con el Redentor resucitado, Pedro se descubre ahora definido por Jesús y no por él mismo ni por su propia miseria e infidelidad. Se descubre definido por un amor más grande que sus limitaciones, su pecado, su traición e incluso su miedo a no saber amar a Cristo y a sus hermanos hasta la muerte.

Es en nuestra relación con Jesús cuando nos convertimos de verdad, cuando nuestro corazón cambia. No por nuestra propia capacidad o mérito, sino por gracia. Todo nuestro esfuerzo de conversión es volver a Él, volverse a Él, a Aquél que ya está totalmente volcado hacia nosotros hasta el punto de hacerse hombre y tomar sobre sí nuestra muerte y nuestro pecado.

Deberíamos pensar en esto cuando volvemos a todo lo que hace presente al Señor en nuestra vida, como nos invita San Benito al hablar del tiempo de Cuaresma (RB 49). Por ejemplo, cuando volvemos a la vida fraterna de nuestra comunidad, a los sacramentos, a la Palabra de Dios, a la enseñanza de la Iglesia, o al hermano o hermana que nos necesita, al pobre que está fuera de nuestra puerta. Todos estos “retornos” al Señor nos permiten entrar en el espacio en el que Él cambia nuestros corazones.

Todos estos retornos al Redentor nos abren a la sorpresa y al milagro de descubrir que, precisamente allí donde temíamos ir, nos encontramos con Jesús y le permitimos que nos dé un corazón nuevo, rebosante de amor y de alegría. Es la gran sorpresa pascual de los discípulos de Emaús: “¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino?” (Lc 24,32).

Nuestra ofrenda en manos de Cristo

Este retorno a Cristo es la verdadera ofrenda de nuestra vida, y de todo lo que vivimos. La ofrenda cristiana tiene siempre un carácter eucarístico, es siempre ponernos como el pan y el vino, o como los cinco panes y los dos peces, en manos de Cristo Redentor que nos une a su ofrenda al Padre para la salvación del mundo.

Contaba hace poco a un grupo de personas relacionadas con el mundo del trabajo cómo una tarde, al final de una de esas jornadas un tanto farragosas que han sido bastante frecuentes desde que soy abad general, es decir, esos días en los que nos gustaría hacer quién sabe qué, pero luego nos parece que no hemos hecho nada porque el tiempo se lo han comido mil peticiones y solicitudes, por lo que al final también nos sentimos culpables y perezosos, aunque sin saber por qué, en definitiva: al final de tal jornada me detuve a mirar a Jesús, en silencio, ayudado por una estatuilla de madera de un Cristo de la Pasión, sentado y pensativo, con una mirada intensa e interrogante, que traje hace años de Cracovia. Comprendí entonces que el orden que quería poner in extremis a mi jornada delataba un enfoque equivocado del problema de la vida. Comprendí –no es la primera vez, pero cada vez parece que lo entiendo por primera vez– que el problema no es que la vida esté organizada, ordenada o sea eficiente, sino que esté *dada*. Y he comprendido que, para ser verdaderamente entregada, la vida debe ser de Cristo, pertenecerle a Él, en sus manos o, lo que es lo mismo, en su Corazón. Porque Cristo, Dios, nunca se guarda nada para sí mismo. Cristo lo da todo, todo lo que es y todo lo que tiene. Si Él me guarda, me da. Si le pertenezco, Él me da. Si soy todo suyo, soy todo para todos.

La redención, que significa literalmente “readquisición”, si la aceptamos, si nos dejamos envolver y penetrar por ella, nos hace propiedad de Cristo, nos hace suyos. Nos convertimos en esclavos de un Señor que no se guarda nada para sí, que lo da todo. Nos convertimos en esclavos de un don total, de una gratuidad total. La Redención de Cristo nos adquiere a la gratuidad de Dios, nos gana a la caridad, y por tanto a una libertad humanamente inconcebible.

Tener esta experiencia, fruto de la conversión, nos da una gran libertad, sobre todo del miedo a dar la vida, o más bien a perderla. En la crisis actual, suele haber un gran miedo a morir. Por ejemplo, tememos mucho, y con razón, la desaparición de nuestras comunidades, cada vez más frágiles. Pero si vivimos también esto como una petición de conversión, de volver a Cristo para entregarnos de nuevo en sus manos, vemos que nuestra muerte es inmediatamente un don de Cristo, un don Suo y de Él, y podemos vivirla con esperanza, es decir, seguros de que la semilla que Él siembra en el campo da siempre fruto, como sólo Él sabe y quiere. En las manos de Cristo nos convertimos en semilla dispersa para reproducir en el campo del mundo el misterio pascual de la muerte y resurrección del Señor. Sólo esto hace que la vida sea fecunda, fecunda para el Reino, y nos permite atravesar cada prueba y cada experiencia de fragilidad con una paz que da testimonio del Padre bueno que piensa en todo y cuida de todos.

Como escribe San Pablo a los Romanos: “Así que, hermanos, también vosotros habéis muerto a la ley por el cuerpo de Cristo, a fin de que podáis uniros a otro, es decir, a aquel que resucitó de entre los muertos, y para que demos frutos para Dios.” (Rm 7,4)

Unidos en un camino siempre abierto

La disposición a convertirse y ofrecerse también nos libera de los errores y las falsas actitudes que bloquean nuestro camino. Es como tener siempre un camino abierto ante nosotros, el camino de la esperanza, el camino de una novedad, de un cambio siempre posible. La conversión es el nuevo camino que Cristo abre ante nosotros cuando nos dice y repite con ternura su invitación: “¡Sígueme!”

Es importante que no olvidemos que es precisamente esto lo que puede hacer que estemos unidos, como humanidad, entre todos los cristianos, en la Iglesia, así como en cada comunidad. No es la perfección lo que nos une, sino la conversión. Sólo podemos estar unidos mientras caminamos, dirigidos a la perfección de la caridad y la santidad que todos encontraremos en el Cielo.

La perfección en este mundo está en la constante conversión. Tal vez tengamos miedo a la conversión precisamente porque creemos que nos pide ser perfectos y no estar en camino hacia una perfección que es la gracia de Dios. Tememos estar llamados a morir en lugar de vivir plenamente. La conversión significa caminar con Jesús, seguirle, estar con Él, aunque siempre seamos pobres pecadores. ¿Qué podría ser más hermoso en este mundo?

Así es como San Benito pide a los hermanos o hermanas de cada monasterio que permanezcan unidos. La *conversatio morum* nos une en el camino de la conversión; una unidad que ya es perfecta sólo en la caridad de soportar con paciencia y sin desprecio la imperfección de unos y otros. ¡Qué hermosa será la comunidad que no pretenda estar unida por la perfección sino por la conversión! Porque estará unida por la caridad de la fe extendida en la esperanza.

Para todos los bautizados, la conversión significa responder a la llamada y a la misión de dejarse redimir en profundidad para vivir como hijos e hijas de Dios que transmiten fraternalmente la ternura del Padre a todos.

¡Feliz camino de Cuaresma! Y pidámonos los unos para los otros, como nos enseña San Benito, la gracia de vivir este tiempo de espera de la Pascua “en la alegría del Espíritu Santo” (RB 49,6).



Fr. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist